

La Real Academia Española ha celebrado una sesión extraordinaria para conmemorar dignamente entre sus individuos el nombre del ilustre duque de Rivas. Correspondiendo a su galante invitación hemos tenido el gusto de asistir a esta solemnidad literaria.

Nuestro corazón se dilata y se ensancha nuestro ánimo cuando, haciendo punto un instante en medio de las graves preocupaciones políticas que nos rodean, en medio de la inquietud y las luchas de encontrados principios e intereses que nos agitan, encontramos ocasión de asistir a un espectáculo tan consolador y satisfactorio como el que ofrece una corporación, respetable por los méritos de los individuos que la componen, al reunirse grave y sosegadamente para consagrar un público y solemne testimonio de su gratitud y admiración, no al hombre político, no al grande de España, sino al poeta que entró un día por las puertas de la Academia trayendo su *Romancero histórico* en la mano como el mejor título a tan señalada honra.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

El acto, al que han concurrido, a más de los académicos que forman parte de la corporación, multitud de individuos de otras academias científicas, y personas conocidas por su posición en el mundo de la política y de las letras, estuvo realzado con la presencia de algunas elegantes damas, entre las que en lugar preferente tuvimos el gusto de ver a las de la familia del inolvidable duque, cuyo busto de mármol, colocado sobre la mesa de la presidencia, delante del sitial vacío y cubierto con un velo negro, nos traía a la memoria el tiempo en que el respetable anciano, aquejado ya de los males que habían de concluir con su existencia, venía aún a dirigir los debates y a aportar a las más oscuras cuestiones la luz de su esclarecido ingenio.

Pero nuestro recuerdo se hizo más vivo, y la figura del hombre notable por tantos conceptos, en cuya honra tenía lugar aquella solemne reunión, comenzó a dibujarse con líneas cada vez más acentuadas a los ojos de la fantasía, cuando el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, unido al ilustre difunto por estrechos lazos de parentesco y de íntima amistad, cumpliendo el triste al par que satisfactorio encargo que la Academia había tenido a bien confiarle, comenzó a trazar a grandes rasgos el cuadro de la agita-

REVISTAS CONTEMPORANEAS

da y gloriosa vida del poeta, examinando de paso la indole de sus creaciones más populares, y apreciando el conjunto de sus obras literarias con un alto y luminoso criterio, que puso de relieve el carácter del autor, la especialidad de su talento y el influjo que había ejercido en su época. El trabajo del Sr. Cueto, tan digno de llamar la atención por su elegante forma y castizo lenguaje, como por el tino y la profundidad de sus observaciones críticas, fué acogido con significativas muestras de aplauso por parte del numeroso y escogido auditorio que llenaba el local de la Academia, colmando la medida del entusiasmo producido en los concurrentes por los brillantes rasgos de la necrología del autor de *Don Alvaro* y de *El moro expósito*, la lectura de dos de sus más hermosas y espontáneas inspiraciones poéticas, *El faro de Malta* y *La vejez*.

Las gratas impresiones que dejó en los ánimos esta grave y brillante solemnidad, con la cual puede decirse que se inauguró la semana última, se han ido luego borrando poco a poco para dejar lugar a otras ideas menos agradables. Las noticias recibidas del Pacífico por la Mala inglesa, no son, en efecto, las más satisfactorias para los que se nos hacen siglos los días que pasan, sin haberse lavado

de una manera honrosa y digna la afrenta inferida a nuestro pabellón por los chilenos. Antes por el contrario, un suceso que, a juzgar por los precedentes conocidos, se podía prever, y que, por tanto, aunque nos ha indignado, no debía cogernos de nuevas, ha venido a aumentar el largo catálogo de las informalidades, los agravios y los insultos de que España tiene que pedir estrecha cuenta a las repúblicas americanas hostiles a nuestro país.

El Perú, sin tener en nada lo pactado y concluido por su anterior presidente, tal vez envalentonado con el pasajero y traidor éxito de Chile, nos acaba de declarar formalmente la guerra. Nada más hinchado y ridículo que el documento en que lo hace. El dictador Prado, abusando en él de la credulidad de sus compatriotas, les da la seguridad de un próximo triunfo, saca a relucir las tan manoseadas glorias de su independencia (independencia cuyo poco mérito, dadas las circunstancias en que se realizó, ha patentizado ya la historia), y encarga por último a la marina peruana la venganza nacional.

Cierto es que las baladronadas del Perú, a que tan acotumbrados nos tienen sus gobernantes, no son cosa para quitar el sueño a ninguna nación que, como la nuestra, tenga la conciencia de su superioridad en todos los te-

rrenos; pero bueno será, de cualquier modo, hacerles entender a los que tan fácilmente se olvidan de la impotencia que les obligó no ha mucho a darnos las más satisfactorias explicaciones, que aún nos sobran medios y ánimos para obligarles a cumplir lo pactado.

Según los últimos partes, nuestra escuadra, después de levantar el bloqueo de los puertos, se ha reunido para salir en busca de las fuerzas navales enemigas. Estas fuerzas, por su parte, evitan cuidadosamente el encuentro de los buques españoles, pues divididas aún las de Chile y las del Perú, aguardan sin duda a hallarse juntas y a ser reforzadas con los dos buques que han salido de los astilleros de Francia e Inglaterra, para decidirse a aventurar un combate.

Por lo que a nosotros toca, es tan grande la confianza que tenemos en los valientes marinos encargados de mantener en las aguas del Pacífico el pabellón nacional a la altura que le corresponde, que hacemos los más fervientes votos porque ese encuentro se realice, en la seguridad de que su resultado dará ocasión a una nueva y gloriosa página en los anales de la marina española, tan fecundos ya en hechos brillantes y heroicos.

Respecto a política interior continuaremos siendo tan parcos como la índole de nuestro

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

periódico exige. Las discusiones del proyecto de ley sobre imprenta sigue su curso en el Senado, y en el Congreso el discurso del conde de San Luis ha llamado de tal modo la atención pública, que durante algunos días ha sido el único objeto de los comentarios de la Prensa y de los círculos políticos.

Si la ciencia no hubiera demostrado ya de una manera incontestable que nuestro Globo gira en el espacio, la impresión que ha producido este discurso nos daría ocasión para exclamar con Galileo: *E pur si muove*. Porque, en efecto, ¿a quién de los que asistieron a la famosa sesión en que fué pronunciado, no le brotaría espontáneamente de los labios esta frase, aunque vulgar, por extremo gráfica: “¡Qué vueltas da el mundo!?”

En París también está siendo objeto de controversias vivísimas otro magnífico e importante discurso. Monsieur Thiers, cuya activa energía y profundo talento ni se cansan ni se debilitan con los años, ha dado una nueva batalla a la tiranía democrática del imperio, a nombre de las que llama *libertades racionales*. La acometida ha sido brusca, pero hoy como ayer, el golpe de la elocuencia del célebre historiador se embotará en la compacta masa de la mayoría que, como una avalancha, caerá con sus votos sobre una minoría peque-

REVISTAS CONTEMPORANEAS

ña por su número, aunque grande por las notabilidades que la componen.

Al mismo tiempo que del discurso de monsieur Thiers, los diferentes círculos de la capital de Francia se preocupan de otros mil y mil diversos asuntos que dan pasto a su incesante actividad intelectual. Los diplomáticos hablan de las próximas conferencias en que las naciones signatarias del tratado de París han de reunirse para arreglar definitivamente la cuestión de los Ducados, y tal vez para tratar de los asuntos de Italia, de cuya responsabilidad no le disgustaría al emperador descartarse un poco, repartiendo el grave paso entre varias potencias.

Los filarmónicos se ocupan de una notabilidad, cuya aparición en el teatro Lírico obtendrá seguramente un éxito de curiosidad extraordinario: trátase de un verdadero fenómeno, de una joven de diez y ocho años, hermosa y con talento, que, a más de estas recomendables cualidades, posee una magnífica y robusta voz de tenor. El hallazgo no puede ser más oportuno para el mundo musical, hoy que los buenos tenores escasean tanto y, por nuestra parte, no desesperamos que siguiendo adelante en sus pesquisas los que han logrado encontrar este tesoro, darán el mejor día del año con alguna otra joven que pueda

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

desempeñar la parte de Bertrán, del *Roberto*, o la del Gran Pontífice, en *El Nabuco*. Y no paran aquí las novedades que la capital del vecino imperio ofrece en la actualidad a sus habitantes, pues la venta de la quinta romana del príncipe Napoleón y las de varias colecciones de muebles históricos, cuadros, vasos, medallas y autógrafos importantes, traen en continuo movimiento a los *amateurs* de estas curiosidades, así franceses como extranjeros, entre los cuales y a propósito de la valuación de estos tesoros sacados a pública subasta, se suscitan las más acaloradas y curiosas controversias artísticas, arqueológicas y paleográficas.

Entre nosotros, si bien en pequeña escala, no deja de notarse algún movimiento. La Academia de Juegos florales ha publicado el programa en lengua limosina, convocando a los justadores literarios a la lid abierta para ganar la flor de oro, que, como en los buenos tiempos de los trovadores provenzales, ha de entregar una dama al vencedor; aunque modesto, un inventor español acaba de ensayar un descubrimiento útil: aludimos al peso para distinguir infaliblemente las monedas de ley de las falsas, descubrimiento que hoy, que circulan tantas de dudosa legitimidad, no es como vulgarmente suele decirse para echado

REVISTAS CONTEMPORANEAS

en saco roto; en algunas provincias se anuncian exposiciones parciales agrícolas y de ganados, y en todas ellas se activan los preparativos para el envío de los productos y objetos que han de representar a España en la universal de París.

Entretanto en la corte, después de la política, que es la idea que preocupa siempre en primer término, los teatros son los que tienen el privilegio de llamar la atención más constantemente. Las representaciones del *César* siguen llamando al público al elegante coliseo del Príncipe, mientras la obra de Ventura de la Vega encuentra diversa acogida entre los críticos de la Prensa periódica. La Zarzuela, dando a luz obrillas cómicas y ligeras, unas con mejor, otras con peor éxito, y agotando todos los recursos que posee la imaginación de su actual y simpático director Arderius, al que ayuda en esta campaña el inimitable Caltañazor, logra entretener a sus abonados ofreciendo espectáculos si no altamente trascendentales y literarios, al menos variados y divertidos. El *Pastelero de París*, *El Colmillo del Elefante* y la serie de cuadros vivos, ejecutados por los individuos de la compañía, que son las novedades que ha ofrecido en la semana, pertenecen a ese género de bromas con las que la severa crítica no tiene que ver

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

nada, y que en logrando desarrugar algunos ceños y arrancar algunas sonoras carcajadas del público, que va de buena fe a divertirse, pueden bajar al panteón dramático con la tranquilidad de que han llenado su objeto.

Por último, y según habíamos previsto en nuestra anterior revista, Tamberlik ha obtenido un triunfo al aparecer en la escena del teatro Real con *La Africana*. La obra de Mayerber, realzada con el poderoso concurso de un artista tan de primer orden, ha podido ser apreciada por el público en cuanto vale. Durante todo el curso de la representación, los aplausos del auditorio sustituyeron a los chicheos y silbas a que ya casi nos tenían acostumbrados los recalcitrantes del regio coliseo, y al llegar al magnífico dúo de Vasco de Gama y Zelika, el entusiasmo de los espectadores llegó a un punto difícil de pintar. Bástenos decir, para dar una idea, que la señora Rey Balla y Tamberlik fueron llamados hasta siete veces a la escena. Verdad es que como todo es relativo en este mundo, según el dicho de D. Hermógenes, las siete veces que han sido llamados al palco escénico los intérpretes de *La Africana*, son nada con las que el público de Roma ha hecho salir al maestro Petrella en la primera representación de su nuevo *spartito* "Caterina Howard". Según un pe-

REVISTAS CONTEMPORANEAS

riódico, el público romano, entusiasmado con las bellísimas melodias de esta ópera, hizo salir al maestro al foro hasta cincuenta y cuatro veces. Francamente, este fatigoso ejercicio, más que premio por una buena obra, parece penitencia impuesta por algún desaguisado musical.

Al fin se rompieron las hostilidades entre Austria y Prusia. Suele decirse a menudo, y nosotros lo hemos repetido algunas veces, para dar a entender que ha dado principio una guerra, que se ha disparado o se va a disparar el primer cañonazo. La guerra presente, que, según aseguran, se ha venido tramando en silencio desde la famosa entrevista de Napoleón, Bismarck y Nigra en las playas de Biarritz, por burlar hasta última hora la previsión de los curiosos políticos, ha comenzado el drama con una escena mímica lo menos ruidosa posible. Hasta el momento, sólo ha tenido lugar un choque de la caballería austriaca con la prusiana, en el que ésta ha llevado la peor parte. Los cañones guardan aún un prudente silencio, pero dentro de muy poco abrirán sus formidables bocas para concluir la complicada polémica diplomática de un modo más enérgico y terminante que lo hubieran podido hacer los más elocuentes hombre de Estado en las frustradas conferencias.

El conflicto europeo está en pie. Hora es de

medir, aunque ligeramente, sus gigantescas proporciones. Para poderlas apreciar con alguna exactitud, fuerza es tender la vista a nuestro alrededor fijándonos en la actitud en que al comenzar la guerra están colocados cada uno de los países que, más o menos directamente, se encuentran interesados en la lucha, de la cual podrían, en un caso dado, ser actores muchos de los que al presente se limitan a desempeñar el papel de testigos.

Austria y Prusia, cuyo antagonismo secular sólo se debilita a intervalos para reaparecer más enconado e intransigente, si se atiende a los datos que arroja la estadística militar, tienen casi niveladas sus fuerzas. Pero hay que hacer una observación importante. En Austria la guerra es popular; en Prusia no; o al menos Bismarck, que es el alma de ella, lucha inútilmente por levantar el espíritu público en favor de sus proyectos, de los que sospechan puedan ser tan sólo un medio hábil para distraer la atención del régimen político que con tan extraña tenacidad sostiene.

Hay otra desventaja en contra de Prusia. El Gabinete de Viena, insinuando hábilmente la idea de que el término de la cuestión podría ser la pérdida de la frontera del Rhin, ha herido la fibra nacional alemana, consiguien-

do poner de su lado a la mayoría de los miembros de la federación. El equilibrio de poder, roto por la parte de Prusia, se restablece al caer en la balanza el peso de Italia.

En Italia la guerra es altamente popular e hija de un puro y exaltado sentimiento patriótico. Preparado de antemano el Gabinete de Florencia a las eventualidades de un choque inevitable en término más o menos próximo, y ayudado en sus aprestos militares por una nación poderosa y amiga, cuenta con grandes recursos para comenzar la lucha, y se siente fuerte con la cooperación de un pueblo que despierta entusiasta a la nueva vida de la dignidad y la independencia, deseando dar muestras de que ha llegado al período de virilidad en que las naciones se bastan a sí mismas para conquistarse un puesto preeminente.

Decíamos, pues, que al caer el peso de Italia en la balanza de las probabilidades de éxito, el fiel se mantenía en equilibrio entre las partes contendientes, y por nuestras palabras acerca de los medios con que cuenta Víctor Manuel parece que no sólo restablece su equilibrio, sino que la vence del lado de las dos naciones aliadas. Hay, sin embargo, que no dejarse deslumbrar por el exterior homogéneo y simpático que ofrece una causa tan



grande y popular como la italiana, midiendo sus fuerzas por la simpatía que inspira. Por debajo de la brillante superficie se extiende una red de intereses heridos, de odios mal apagados, de aspiraciones reprimidas, mas no olvidadas. Esa masa, numerosa aunque dispersa, espía en silencio una ocasión, mina sorpresivamente el país, y no porque ponga un empeño particular en ocultarse, debe pasar desapercibida a los ojos del que intenta de buena fe sondear el verdadero estado de las cosas. El destronado rey de Nápoles, manteniéndose en su manifiesto dentro de los límites de una prudente reserva, aconsejando la calma, y exhortando a sus parciales a continuar unidos y en expectativa, traza claramente esta línea de conducta, más temible que la acción franca y desembozada.

La actitud de Roma no es menos digna de ser tomada en cuenta. Encerrada en un profundo silencio, aislada en medio de la lucha, trata de mantenerse impassible y extraña a los sucesos que a su alrededor se desenvuelven, pero ¿quién podrá calcular el efecto de su autoridad respetable cayendo en un momento oportuno al lado de uno de los contendientes?

Además, cosa extraña, pero que se explica: la guerra con Italia es, en Austria, tanto o más

popular que la de Prusia. Hay todavía en el fondo del corazón de los austriacos algo de aquella avidez y aquella ansia que empujó irresistiblemente en otros siglos a las razas del Norte sobre el Mediodía, cuyo sol y cuyo cielo equivalen a un paraíso; hay, junto a ese impulso poderoso, el deseo de vengar las derrotas de Solferino y Magenta.

Tal es la situación de las tres grandes naciones que hasta ahora han aparecido en escena, y a las que está encomendado el prólogo del inmenso drama que tiene el privilegio de absorber la atención del mundo en los actuales momentos. Sin embargo, detrás de los bastidores se adivina que hay más de un personaje vestido y dispuesto a salir a las tablas apenas lo requiera el argumento, que amenaza ser complicadísimo. Algunos de ellos se han anunciado ya convenientemente, y, según lo requieren las reglas clásicas de las obras teatrales. Francia proclama en alta voz su neutralidad; pero es una neutralidad incomprendible. La carta de Napoleón a su ministro de Negocios Extranjeros, es un verdadero logogrifo. Su empeño, dice, es mantener la obra de Francia en Italia. Si ésta se ve amenazada, por cuestión de honor nacional, se encontrará precisada a terciar en la cuestión con las armas en la mano. Pero ¿cuál es la

obra de Francia? La creación del reino de Italia tal y conforme se encuentra constituido. Si la Lombardía y el Milanesado vuelven a poder de los austriacos, he aquí su obra deshecha.

Si por el contrario, Venecia sale de manos del Austria para incorporarse a los dominios de Victor Manuel, sucede lo mismo. ¿Será éste el sentido de la carta imperial? En fuerza de ser lógico, parece absurdo.

Napoleón no debe permitirse la candidez de aparentar que cree la cuestión reducida a un duelo de amor propio entre las partes beligerantes. He aquí explicado por qué Rusia, que sospecha, y no sin falta de razón, que Francia ha de ser neutral mientras la fortuna ayude a Italia, y ha de salir de su reserva si por casualidad le vuelve las espaldas, ha declarado terminantemente que un paso del Gabinete de las Tullerías en este sentido, la determinaría a tomar una parte activa en el asunto, colocándose al lado de Austria, a cuyo fin concentra en la frontera un ejército de observación compuesto de 200.000 hombres.

Por lo pronto, estos son los dos nuevos adalides que, armados de punta en blanco, presiden la liza, no con intenciones de arrojar el bastón en medio de los combatientes cuando se enardezca la lucha, sino con el de bajar,

lanza en ristre, a la arena a compartir sus peligros y su suerte. Mas entretanto que con más o menos franqueza cada cual se coloca en un determinado sitio y deja traspasar sus intenciones, ¿qué hace Inglaterra? Napoleón, engolfado en la prosecución de sus trascendentales combinaciones, vuelve de cuando en cuando los ojos hacia el Canal de la Mancha, y acecha con miradas furtivas a su eterna rival, tratando de traslucir sus pensamientos. Inglaterra, muda e impasible, le ve hacer, aparenta preocuparse con sus asuntos interiores, y se oculta bajo la impenetrable máscara de una glacial indiferencia. Algo medita, sin embargo. La casi imperceptible sonrisa que dilata sus delgados labios, trae inquietos a los que se dedican a augures de su semblante. Dinamarca, Suecia y Noruega, obedeciendo a sus ocultas insinuaciones, estrechan en silencio el lazo de la unión escandinava, y esperan también, envueltas en una reserva impenetrable y fría, como sus eternas nieves. Toda la Europa en armas, levantando cada país su bandera al primer grito y amenazando mezclarse en una contienda titánica, ardiente y general desde el principio, sería menos temible que esa calma preñada de proyectos oscuros que rodea a los combatientes. Hay algo de pavoroso en la actitud de esos países que

aguardan el momento en que la fortuna vuelva una vez la espalda a un poderoso enemigo para caer sobre sus restos y desbaratar su obra, ya que no puedan repartirse sus despojos. Se presiente en la pesadez de la atmósfera que nos rodea como el informe conato de un Waterlío colosal. El segundo imperio, menos brillante y ruidoso que el primero, tiene, no obstante, raíces más profundas, y para descajarlo se ha de sentir una muy honda conmoción. El Waterlío de Napoleón I fué la caída de un hombre; el del III sería la de un orden de cosas encadenadas estrechamente entre sí, y que han tenido tiempo de solidificarse. Al detenerse un punto a meditar sobre las arduas cuestiones arrojadas a la arena de la discusión en estos graves momentos, después de haber examinado rápidamente los móviles que impulsan a otros países, las probabilidades de éxito con que cuentan y los proyectos que, más o menos fundadamente, se puede presumir que abrigan, ocurren naturalmente multitud de reflexiones que a medida que vayan sucediéndose los acontecimientos, iremos exponiendo a la consideración de nuestros lectores.

Hace poco, los que oyeron a Napoleón decir a los trabajadores del Campo de Marte: "No desmayar en vuestras tareas; la Exposi-

ción ha de celebrarse en medio de la más profunda tranquilidad", auguraron de aquí que la paz no se turbaría. Al ver hoy que los trabajos para la próxima Exposición universal siguen activamente y que los obreros que se retiran a descansar de las fatigas del día son sustituidos por otros que siguen la faena con ayuda de un faro eléctrico, durante la noche, no puede darse otra explicación a sus palabras, sino que la guerra que se dispone ha de ser sangrienta pero breve.

Tal es el cuadro que ofrece la política exterior al expirar la presente semana. La carencia de otros sucesos más importantes y la imposibilidad de ocuparnos de algunos que se realizan entre nosotros, por no permitirlo la índole de este trabajo, nos ha hecho detenernos deliberadamente en trazarlo a nuestros lectores, pues terminada por el momento la cuestión del Pacífico, todo el interés se concentra en adelante en el nuevo teatro de la guerra.

Respecto a espectáculos, tampoco podemos añadir gran cosa. De los caballitos del Circo, donde nada nuevo se hace, nada nuevo puede decirse. Como presumíamos, la empresa de los Campos Elíseos vino al suelo combatida de las mil contrariedades con que ha tenido que luchar desde su creación. Aunque se ha-

bla mucho de música y conciertos de todos tamaños, chicos, medianos y monstruosos, la cosa no ha pasado aún de la categoría de proyecto. Cuando se realicen, daremos cuenta a nuestros lectores del resultado.

El mal tiempo ha hecho que en el presente año se hayan retrasado las expediciones veraniegas, ya al campo, ya a los puertos de mar y a los establecimientos de baños, donde unos acuden en busca de salud y otros a caza de aventuras de todo género. Es de esperar que si la atmósfera se despeja y desaparecen las nubes que constantemente han estado casi toda la primavera amagando y aun descargando sobre nuestras miserables humanidades terribles aguaceros, los habitantes de la corte se apresuren a hacer la maleta y se marchen, como suele decirse, con la música a otra parte.

No obstante el estado excepcional en que aún se encuentra la corte, la política interior comienza a dar algunas señales de vida. La lectura del proyecto de contestación al discurso de la corona, ha tenido lugar en el Senado, sin otro incidente notable que el promovido en una cuestión previa a propósito de la mayor o menor conveniencia de entrar en los debates consiguientes a la aprobación del proyecto, hallándose aún en estado de sitio la capital de la monarquía. Resuelto este incidente, se ha dado principio a la discusión, la cual, aunque ofrece grande interés, no halla en la Prensa ni en los círculos políticos el eco que hubiera encontrado a ser otras las circunstancias.

En las Cortes, si bien no han comenzado aún los debates, la lectura del documento en que este Cuerpo colegislador contesta al de la corona, ha dado ya lugar a que la opinión pública se fije en la especial actitud de la mayoría. Del seno de esta mayoría salió la comisión que ha redactado el párrafo en el cual se aboga calurosamente por la conservación

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

del poder temporal del Papa, y del seno de esta misma mayoría saldrán los defensores del proyecto de enmienda de ese párrafo. en que sus impugnadores creen que se ha ido mucho más allá del pensamiento del Gobierno.

A distraer la atención de este incidente, que se presta, en efecto, a comentarios de muy diversa índole, ha venido por último la presentación en la Alta Cámara de dos proyectos de leyes importantes.

Uno de ellos se dirige a modificar la actual ley de imprenta en sentido restrictivo; el otro tiende a introducir algunas novedades en la de asociación y reuniones públicas. Como anunciábamos en nuestra última revista, no ha transcurrido mucho tiempo sin que en la política interior se hayan realizado significativas variaciones.

Estos nuevos asuntos que sirven de tema a los diferentes cálculos y apreciaciones del país no logran, sin embargo, amortiguar el creciente interés que despierta cuanto se relaciona con la cuestión de Chile.

Antes de ahora habíamos hablado de un combate entre un buque de nuestra escuadra con varios otros, procedentes de Chile y el Perú, combate en el cual nuestra marina de guerra había colocado el pabellón nacional a la altura que le corresponde.

REVISTAS CONTEMPORANEAS

Estas noticias halagüeñas que, aunque extraoficiales, llegaron hasta nosotros por tan diferentes conductos que parecían excluir toda idea de desconfianza en su autenticidad, las confirmó nuevamente una carta recibida en Barcelona, en la cual se refiere el suceso con tantos pormenores, que a nadie quedaba ya sobre el particular la más remota duda.

No obstante, la llegada del correo del Pacífico y el silencio del diario oficial, han venido a echar por tierra todas las ilusiones que se habían forjado acerca del éxito de nuestras armas en aquellos países. La reacción producida en el espíritu público alienta, en cierto modo, a los que complaciéndose en amontonar dificultades en el porvenir, auguran a este asunto un desenlace desastroso para nuestra honra y nuestros intereses. Nada más lejos de nuestro ánimo que el temor de que esto suceda, pero aunque abrigamos confianza en el valor de nuestros marinos, no dejaremos un instante de unir nuestra voz a la del país todo, que ansia y pide más actividad en la resolución de un asunto que cada día que se demora puede traernos, y nos trae efectivamente, una nueva complicación o un nuevo obstáculo.

Correspondencias de Londres, cuyo contenido hemos visto después confirmado en los